

Madrid, agosto 30 de 1916.

Mi muy querido amigo:

No podía yo tardar más en contestar su amable y expresiva carta del 6 de abril. Achaques del tiempo y mis desgracias, que Ud. sabrá perdonar.

Ud. quiere que le envíe cosas más posteriores a aquel libro infantil que Ud. conoce, y al que guardo algún agradecimiento ya que me ha podido ganar amistades como la suya. Para poder explicarle a Ud. que de entonces acá (1911) no haya yo publicado un solo libro, necesito entrar en largas consideraciones autobiográficas, que prefiero realmente reservar para el día en que sus peregrinaciones, las mías, nos hagan coincidir en cualquiera sitio de la tierra, en París, en Abisinia o en Saigón. De entonces acá sólo he publicado artículos sueltos en revistas y periódicos, aunque no necesito decirle/^{que tengo} en casa ~~quince~~ unos cuatro libros, siempre informes porque lo que no se publica está condenado a refundición perenne. Esta es una de mis actuales desgracias.- Algo que he podido juntar (por desgracia cosas insignificantes), ya se lo envío por correo aparte. Confiamos, a pesar de todo, en la civilización: acaso lo recibirá Ud. pocos días después de esta carta.- Yo soy hijo de un hombre político que desempeñó un papel importantísimo en la administración de Porfirio

Díaz, en México. Varias veces estuvo a punto de sucederlo, resistiéndose siempre a una deslealtad; y al fin acabó por morir en medio de aquellas revoluciones absurdas, - pero reales, necesarias, - de mi pobre patria. Aunque siempre fui enemigo de la política y he vivido completamente alejado de ella, me ha tocado padecer todas sus amarguras, por mi padre y por uno de mis hermanos mayores. He vivido en continuos sobresaltos. Y cuando al fin pude emanciparme de aquel medio, cuando me encontré en París y apenas comenzaba a abrirme mi modesta vida, vino la guerra; suprimiósese de golpe todo el Cuerpo Diplomático de mi país, me quedé en el aire y, como las invasiones prehistóricas, derivé de Norte a Sur: París, Burdeos, San Sebastián, Madrid.. (PATRIMONIO U. C. me tiene Ud., como Crusoe en su isla, juntando uno a uno los restos del naufragio: mi esposa, mi hijo, mis libros y mis manuscritos. No hay que pedirle mucha actividad editorial al que padece. Aquí, ~~17~~ gracias a cierta campaña de cultura de la historia de la literatura española que había yo hecho en México, como profesor de la Escuela de Altos Estudios, y a la bondad de mis amigos madrileños, trabajo en cosas de erudición literaria y de filología en el Centro de Estudios Históricos, en la sección dirigida por Menéndez Pidal, un hombre de oro. Y así divido mis días entre una esposa oficial (la Filología) y una amante (La Literatuza). Ambas se estropean

un poco entre sí, y me ~~yo~~ parece que yo mismo ^{soy} ~~como~~ aquel personaje de La Educación Sentimental de Flaubert, que sacaba muebles de la casa de su esposa para obsequiárselos a la otra, y viceversa. Pero por ahora no soy dueño de elegir. Ya estoy en la edad en que desistimos de ser genios, aunque todavía con amargura. La lucha de la vida me ocupa todas mis fuerzas; tengo un hijo que tiene algún derecho a las comodidades en que yo pasé mi infancia y que ya perdí para siempre; y comienzo a verlo todo con alguna trísteteza. Entretanto, recorro el mundo en mi calidad de Príncipe Internacional Destronado.

Inútil enviarle direcciones de escritores franceses, que cambian ahora todos los días por la guerra. Nadie vive en su casa; se vive en las trincheras. Y no hay que esperar relacionarse con ellos en estos tiempos. Debo decirle también que en ~~todo tiempo~~ son un poco rehacios a aceptarnos a nosotros. Parece que no supieran lo que les debemos.

En efecto. Malo anda todo por aquí. Sin embargo, el día que Ud. venga, se enterará Ud. con asombro de que hay muchas, muchísimas gentes que valen más que eso que se lee en las revistas madrileñas (Villaespesa, Francés, Sanchiz, etc etc) Sino que (¿qué demonios les pasa?) no producen nada. No: de Unamuno no se olvidan aquí. A Unamuno le dan su sitio. En cambio a Marquina casi lo desconocen. Es para desesperar. En general, no

saben admirar las buenas cosas que tienen. No se resuelven a admirar nada, por cierta cobardía mental instintiva. Y a sus hombres de valer afectan siempre desdeñarlos. Este es el mayor defecto de España. - Si le he de decir todo, a España debemos amarla siempre, porque es el país más bueno de la tierra, el único que devuelve la fe en la bondad sencilla y primitiva de los hombres. No hay otros como ellos en la tierra. Créame Ud. No en vano es el país de los pobres alegres. Ni creo que se encuentre en otra parte la cantidad de genio artístico nativo y de buena ley que tienen aquí los hombres de la calle. Siempre ha sido grande aquí el pueblo. Siempre le han faltado conductores.

Permítame darle la dirección de un excelente amigo que vale mucho. Es el único que todo lo puede entender: Enrique Píez Canedo, Lealtad, 20. No necesito decirle más, porque entre Ud. y yo bastan pocas palabras.

Azorín, aunque algo escaso y monótono, es un hombre de fina sensibilidad y de mentalidad bastante ágil: Los Madrazo, 8.

Y basta. Por Sud-América anda ahora José Ortega Gasset. Está en la Argentina. Si llega a ir por su país, procure conocerlo. Hombre de mucho talento, y muy vigoroso, a quien, en mi concepto, le estorba la actitud asadémica que la vida le ha obligado a adoptar. Es un amigo bueno y rudo, viril y correcto.

¿Qué hay del anunciado poema, que espero con ansia? ¿Quiere Ud. darle la adjunta a ese excelente y sincero poeta? No puede entender su dirección.

Muy
Amigo

Carlense
Requis

General
Bardinas, 32)

